

NINGUN descubrimiento reciente ha alterado de manera tan radical la vida y el comportamiento de los niños de edad preescolar (dos a seis años) como la introducción generalizada de la televisión en los hogares. Actualmente, por ejemplo, los niños norteamericanos miran la televisión durante cincuenta y cuatro horas semanales, lo cual representa ¡la tercera parte del tiempo total de una semana! Semejante consumo televisivo provoca, inevitablemente, perturbaciones psicológicas, sensoriales y afectivas, cuya gravedad comienza apenas a considerarse.

La mayor parte de esas perturbaciones ha sido estudiada por Marie Winn en un libro (*The Plug-in Drug**) que se está traduciendo ya por toda Europa; en él, la autora demuestra, entre otras cosas, que lo que la televisión suprime a los niños es precisamente el tiempo, ese tiempo que antes les quedaba libre después de la escuela y los deberes (en los Estados Unidos, numerosas emisiones infantiles empiezan a las ocho de la mañana, cuando los niños están desayunando antes de salir para la escuela), ese tiempo que las "generaciones de antes de la TV" consagraban a las reuniones familiares o a las relaciones sociales.

Es frecuente escuchar a padres (y madres) de familia quejarse de la calidad de las emisiones infantiles y reclamar mejores programas para sus hijos. Tal exigencia (en apariencias noble) revela, en general, una práctica menos confesable: que los padres utilizan la televisión como verdadera y cómoda niñera; hoy día, en las buenas familias, ya no se les pega a los niños, pero se les coloca (casi por fuerza) ante la "tele". Consecuencia: los niños acaban prefiriendo la televisión a sus progenitores, como acaba de revelar una encuesta, hecha pública el 26 de julio último, durante el Congreso de **Psiquiatría Infantil** en



Ver la "tele" es, como dicen los psicólogos norteamericanos, una "actividad vacía".

LA TELEVISION CONTRA LOS NIÑOS

IGNACIO RAMONET

Francia, llevada a cabo sobre tres mil niños; de éstos, el 44 por 100 prefieren la televisión a su padre, y el 20 por ciento la prefieren a su madre (sólo, pues, un 36 por 100 dan una preferencia afectiva a sus padres sobre el aparato).

Los partidarios de una "buena televisión", dando por obvio que la mayoría de las familias pasan casi todo su tiempo de ocio frente al televisor, han luchado para obtener que el "tiempo de TV" no se desaproveche en vano y para que se transforme (sobre todo respecto a los niños) en fuente de saber; sueñan, en suma, en convertir la televisión en una especie de escuela primaria ideal, ejemplar.

En Estados Unidos, la poderosa ACT (Asociación para una Televisión de los Niños) milita desde hace años para transformar la televisión en "juego educativo". Consecuencia de su acción ha sido la creación del programa **Calle Sésamo**, que refleja bastante bien esas preocupaciones pedagógicas, aunque resulte preocupante saber que los productores de esa emisión utilizan una tecnología experimental, llamada "Distractor Machine", para testar cada parte del programa a fin de verificar si capta y retiene al máximo la atención de los pequeños. De todas maneras, está demostrado que la cuestión de la calidad de las emisiones para

niños es realmente secundaria, pues lo que resulta verdaderamente mutilante para su estructura mental es el hecho de mirar sin descanso la televisión, sea cual sea la emisión que miren.

Diferidos durante una decena de años, los problemas del niño inmerso en la televisión estallan más tarde, inesperadamente, a menudo ya sin solución; el director de un centro escolar de Harlem ha explicado cómo el aumento espectacular de la cantidad de niños afásicos es debido al hecho que, antes de ir a la escuela (en Estados Unidos, la edad base de la escolaridad obligatoria es la de seis años), los niños han pasado casi todo el tiempo delante de la "tele"; ¡sin que nadie les hable!

Antes de la televisión, los niños jugaban. Hoy día, todas las encuestas demuestran que, a causa de la hipnosis casi permanente en la que les mantiene el "ojo electrónico", los niños tienen tendencia a no practicar ya juegos de interior; se aburren en casa cuando no miran la pantalla chica.

Tal hábito ha desarrollado el nerviosismo y la agresividad de los niños. Durante mucho tiempo se pensó, una vez más, que el contenido de las emisiones era, directamente, el responsable de estas actitudes de violencia. Es la tesis que ilustra, por ejemplo, la película de Serge Leroy, **¡Guidado, los niños están mirando!** (1978), y que ciertos datos parecen a veces confirmar, como es el hecho que de 1952 a 1972, período de gran expansión de la televisión en Estados Unidos, la cantidad de jóvenes delincuentes detenidos por delitos graves o violentos aumentase, según un informe del FBI, el 1.600 por ciento. Durante esos años, esos jóvenes vieron cometerse más de 500 asesinatos por semana en la pequeña pantalla familiar. Sin embargo, ningún estudio científico ha podido jamás demostrar que existe una correlación directa entre las escenas de violencia vistas en la televisión y el com-

* The Viking Press Ed. Nueva York, 1978.

portamiento agresivo de los niños. Y es que la experiencia que éstos tienen de la televisión es muy diferente de la de los adultos; un investigador de la Universidad de Yale, en una encuesta realizada sobre 141 niños de tres y cuatro años de edad, ha demostrado recientemente que el responsable de la agresividad infantil no es el contenido de las emisiones, sino la **cantidad de horas** pasadas ante el receptor; es decir, en términos machuhianos, el **medio** es, en efecto, el que transmite la violencia y no el **mensaje**.

Por otra parte, las emisiones publicitarias ejercen una gran fascinación sobre los niños (esto se puede comprobar en todas las familias: los niños de menos de seis años se saben de memoria ciertas frases oídas repetidas veces en los anuncios, aunque ignoren el significado de lo que dicen), lo cual no deja de tener importantes consecuencias económicas en las familias. En Francia, por ejemplo, se esti-

ma que el 43 por 100 de las compras hogareñas están directamente influenciadas por la exigencia de los niños, y ello representa una suma de 220.000 millones de francos! Esta relación entre el tiempo consagrado a la "tele" y el consumo de productos para el hogar ha sido recientemente establecido por un equipo de investigadores de la Universidad de California, que estudió el comportamiento de doscientos niños desde el momento de su nacimiento hasta la edad de nueve años; su informe, que ha causado enorme impresión, establece científicamente que el consumo (sobre todo de golosinas y de productos para el desayuno) es **directamente proporcional** al tiempo pasado delante del televisor.

Fuente de comunicación unilateral, la televisión crea en el individuo que la mira un comportamiento esencialmente **pasivo**; ver la "tele" es, como dicen los psicólogos norteamericanos, una "acti-

vidad vacía" (sic!). Al sobrestimular, desde la infancia, el hemisferio izquierdo del cerebro (el del pensamiento lógico), la televisión crea, pues, a largo plazo, una generación de **mutilados comportamentales**.

Cuando la pantalla pequeña se sustituye a toda experiencia exterior, acaba por convertirse, literalmente, en una **pantalla** entre el individuo y la realidad, entre el niño y los demás. En ese sentido, la TV funciona como una droga, un opio, acarreado los mismos fenómenos de hábito, de frustración, de falta y de deseo. Al principio de los años cincuenta (de los sesenta en España), la televisión fue acogida con satisfacción (hasta por los sociólogos) y casi con alivio, pues parecía un remedio eficaz contra el estallido de la familia y contra su dispersión; sin embargo, con el tiempo se ha comprobado que, contrariamente a las apariencias, la televisión divide, fracciona, aísla, ya que,

aunque se vea en grupo, en realidad cada uno la ve solo (paradójicamente, ver la televisión es una práctica solitaria) y puede así sumirse en una letargia de tipo narcótico.

En la mayoría de las familias, la televisión ha puesto un término (ha disuelto) la palabra de los padres, ha dislocado los ritos familiares, ha impedido la posibilidad de una historia singular de cada familia. Para toda una generación de padres "dimisionarios", la TV se ha convertido en una eficaz "nodriza electrónica" que garantiza cierta paz en el hogar, permite aplazar los conflictos y actúa sobre los niños como un sedante, un anestésico providencial. La televisión es, pues, la última "mordaza" que han hallado los padres para silenciar a los niños; y en ese sentido, la TV constituye la droga más perversa, ya que, curiosamente, se administra a **los demás** con el fin de obtener un efecto sobre sí mismo.

Antes de la televisión, los niños jugaban.

